

PÁNICO EN LA ESCENA

Interpretar consiste en hacer creíble aquello que es falso pero que está directamente relacionado con lo real. Una dualidad interesante que conlleva dos objetivos opuestos: crear y engañar. Lo discutible sería si ambos gozan de cualidades artísticas o son meras artimañas, pero eso es otra historia. Mediante esa labor creativa de “realidades irreales” un actor conoce el entorno a través de sí mismo, se convierte en un catalizador que piensa, siente y, lo más importante, crea. Lo que Hitchcock nos propone no es más que una extrapolación del mundo de la interpretación al ámbito de la dramaturgia cinematográfica.

Sentémonos y veamos una historia plagada de personajes que interpretan, el telón se levanta y la función está a punto de empezar. No hay nada tan clarividente. Estamos ante la manifestación pura de la realidad hecha ficción. Ojo con lo que vemos y cuidado con lo creemos. Interpretar conlleva crear y engañar, pero quién es quién en esta historia, quién será instrumento de la verdad o de la mentira. Siempre tendemos a fiarnos de aquellos que parecen honestos y condenamos los amaneramientos y las extravagancias, pero cuidado, cuidado.....

Rafa Eizaguirre

*

Se abre el telón y comienza la pantomima. Todos actúan y engañan mejor que la cándida de la protagonista. El escenario no es lo que está detrás del telón, la representación tiene lugar fuera. De aquí para allá se mueve Jane Wyman firme en sus creencias, en su tozudez. Es una novata, está aprendiendo el oficio dramático. Sus ojos, cómo no sacar el tema de sus ojos, lo dicen todo con una fuerza buscada por el realizador. Esa forma de resaltarlos así como otros aspectos que llaman la atención sobre la teatralidad del conjunto, quedan expuestos sobremanera en un estilo que recuerda al cine mudo. La fotografía no sólo nos marca con puntos de luz lo que debemos ver, sino que los brillos sobre el pelo y rostro de los actores nos recuerdan aquella aura de irrealidad y representación de los comienzos del cine, que inexorablemente recuerdan las candilejas y focos de los escenarios.

Wyman no deja ver al espectador más allá de lo que ella quiere ver, nos mete en su cabeza, en su visión inocente de las cosas poniendo etiquetas ya desde el comienzo. Nos lastra con su lento y particular proceso de destapar al asesino. El público ha podido hacerse sus conjeturas más o menos certeras desde la media hora de película, pero Wyman, dubitativa como es ella, quiere jugar a un juego que le queda grande. El espectador puede desesperarse, levantarse de su butaca e increparle que se guarde de tal personaje o actúe directamente, pero el de la butaca de al lado puede pedirle silencio y aconsejarle que se calme, que sólo es teatro y deje que acabe la función.

Enrique López

*

Empieza la película, se abre el telón, advertencia, entramos en un mundo de representaciones, interpretación de papeles, en el teatro y la vida real – diegética -. Este *Safety Curtain*, en los títulos de crédito, es la única pista, la única verdad: a partir de aquí, no os creáis nada. Es, una metonimia, un elemento contenedor, que guarda en sus entrañas un contenido, la ficción.

Alfred Hitchcock parecía tenerlo claro. El cine es un instrumento que, a través de sus propios medios, los cinematográficos, manipula los elementos, el espacio, el tiempo y, en este caso concreto, el flash back. Hitchcock, en un acto de rebeldía cinematográfica, pone en cuestión la *huella de realidad*, supuestamente intrínseca a la fotografía o al film propiamente dicho; haciendo que el acontecer de la película se base en un inicial flash back –visto en imágenes, obviamente- falso.

Como en todo acto rebelde, la crítica no supo aceptarlo, achacando que la película era un burdo engaño al espectador. Su vocación experimental le hace asumir riesgos, pero que, bajo mi punto de vista, son grandes regalos al cine, engrandecen, e incluso, crean nuevos caminos en su narrativa en particular; y ejemplo a seguir en el cine en general.

Germán Rodríguez

*

Si no lo veo, no lo creo; si lo veo, lo creo; lo he visto, lo he creído; y ahora le miro y me desengaño. Son los ojos de Jane Wyman: un antifaz de luz resalta no más que esa franja del rostro, esos ojos marcados por el asombro de la verdad. La verdad que ahora conoce, una verdad revelada tarde, tras un engaño que dura casi toda una película. Pero, sin embargo, ella no *vio*, lo que pasó; a lo sumo pudo hacerse una recreación mental. Tal vez fuese eso lo que nosotros vimos, o tal vez la mentira en la mente de del asesino una vez le había dado forma. De cualquier manera, nosotros vemos y, por tanto, creemos. La imagen es verdad, es testimonio indubitable de que algo ha estado ahí. El montaje puede engañarnos, qué nos dice, qué no, pero la imagen... Y a pesar del montaje, si lo vemos...; esa secuencia, si puede verse...

Pero ella se desengaña. Sus ojos, que de alguna manera han visto, ya no pueden creer todo lo que les llegue sin ponerlo en cuestión. Hay una revelación, una constatación de que lo que se ve no tiene por qué ser cierto, como le pasa a un niño que crece y dice “por qué”, como había crecido Neville. Pero, como se ha dicho, ella, sí, fue engañada, pero los espectadores somos los que vimos, el desengaño es nuestro: no todo lo que vemos puede ser creído. Desconfiamos de testimonios verbales pero no de imágenes, ¿por qué? ¿Tiene más valor una imagen que una palabra? ¿Es más verdadera? ¿Es más cine la una que la otra? ¿Hay algún motivo para pensar que sí? Sea como sea, todo es manipulable, a pesar de que para contar una mentira con imágenes hubo al menos de hacerse una representación en sí verdadera.

Jorge Oter

*

Un ilusorio Flashback, instala y traza la trama, la puesta en escena de una calumnia, establecida en cierta circunstancia, todo carece del sentido del que padece, todos interpretan su cometido, convirtiéndose en actores tras un antifaz, un filme cimentado en el universo de la farándula; tornándose el teatro, en el único lugar donde realmente el ser humano, no se esconde tras una máscara, la representación de lo embustero, lo engañoso, las mentiras, una película llena de suspense e intriga...

Al hablar de esta cinta, no puedo pasar por alto el evitar relacionarla con otras dos grandes películas a mi gusto, “Eva al desnudo” y “Charada”, junto con “Pánico en la escena” se forma una curiosa trilogía no ligada. Tres historias de mujeres como eje central, MUJERES a las cuales se les utiliza, engaña y maneja como piezas de ajedrez, piezas en un gran tablero, el tablero una jugada crucial, crucial para la vida de cada una de ellas, ellas tres grandes damas Charlotte Inwood, Margo Channing, Reggie Lampert; ellas tres grandes actrices Marlene Dietrich, Bette Davis y Audrey Hepburn.

No puedo decir más que este es un film considerado en la historia del propio director, como una de sus obras de carácter mínimo, sin embargo, mi opinión no podría posicionarme más en contra a esa percepción, como me permitiría calificar de menor y no disfrutar de un film en el que hay persecuciones de coches, engaños, familias desestructuradas (*mucho antes del concepto de matrimonio Woody Allen-Mia Farrow*), tiroteos, un hombre asesinado, guaridas y escondites, una doncella más leal al dinero y la bebida que a su patrona, momentos decisivos llenos de incertidumbre, un final magnífico solo alcanzable dentro del celuloide y el mundo de la interpretación como telón de fondo, un telón precioso, que al abrirse deja ver la actuación del concepto Music-hall bajo el canto de la rubia más maravillosa de Hollywood.

Carlos Martínez

*